

CÓMO SOMOS

Trapitos
argentinos al sol

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodríguez

CARLOS ULANOVSKY

CÓMO SOMOS

Trapitos argentinos al sol

EDITORIAL SUDAMERICANA

BUENOS AIRES

Ulanovsky, Carlos

Cómo somos - 2a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2007.

224 p. ; 23x16 cm. (Ensayo) ISBN 950-07-2330-1

1. Ensayo Argentino. I. Título

CDD A864

Primera edición: enero de 2003

Segunda edición: noviembre de 2007

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia

o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

© 2003, Editorial Sudamericana S.A.° Humberto I 531, Buenos Aires. www.sudamericanalibros.com.ar

ISBN 10: 950-07-2330-1

ISBN 13: 978-950-07-2330-5

Deseo compartir este libro con amigos queridos,
luchadores y argentinos: Pedro Orgambide,
Daniel Divinsky, Cuqui Miller, Chiquita Constenla,
Horacio Salas y Carlos Marcucci.

Y también, como siempre, con Marta Merkin y con
mis hijas Julieta e Inés.

“Ah. Un país brutal, rico, ciego, delincuente, ávido,
holgazán, ignorante y blanco.”

MARTA LYNCH,
Al vencedor, 1965

EN PRINCIPIO

El objetivo de este trabajo, enorme y humilde a la vez, consiste en acercarnos, con ciertas pruebas —las de la observación, las del humor, las de la vida y el canto, las de la experiencia y, fundamentalmente, las del periodismo—, a la cuestión central: ¿cómo somos los argentinos? Antes que nada, ¿cómo confiar en estas categorías si últimamente erramos hasta en el cálculo de cuántos somos? Así fue: antes del censo de 2001 se consagró y se aceptó la idea de que los pobladores de la Argentina sumábamos ya 37 millones. Luego, los contadores verificaron que no era así. Encuesta va, encuesta viene, la cuenta final probó que apenas superamos los 36 millones de habitantes.

Querriamos alcanzar un dibujo cabal y verosímil de cómo somos. Retratarlos con aproximación y cálida fidelidad y que esa foto se parezca nada menos que a nosotros mismos. O sea: cuáles son aquellas características que nos distinguen, que nos revelan, que nos diferencian, pero también que nos contrarían, nos confunden, nos condenan. ¿Qué será aquello genial que traemos de cuna? ¿Que portamos en las venas y que guardamos en los bolsillos? ¿En qué consiste lo peculiar e inconfundible de nuestra

idiosincrasia? ¿Somos, acaso, tan típicos o propios que tan sólo eso nos vuelve diferentes de otros pueblos? ¿Qué heredamos y qué adquirimos, de apuro, en el camino? Con claves, más periodísticas que antropológicas y sociológicas, con juegos, palabras, frases, observaciones, miradas de aproximación, citas de autores y libros fundamentales y chistes, intentaremos aproximarnos, unas veces con sigilo, otras con estruendo, a una identidad abrumadoramente extraña: la nuestra. De antemano no es demasiado lo que sabemos: apenas que si hay algo que nos une son las diferencias. Diferencias de pensamiento, de actuación, de lenguaje, de captación de la realidad, de sensibilidad, de aspecto, de consumo, y de tantas cosas más, aquellas que se le ocurra sumar a cada lector.

Siempre desconfié abiertamente de categorías generalizadoras, como por ejemplo, argentinos. ¡Qué fácil sería encontrarnos y reconocernos en una hechura única, pero también qué temible y antinatural sería un conglomerado social ocupado por personas unas iguales a las otras! En cualquier caso, cuando hablamos de “los argentinos”, lo expresamos desde el rico pero cerrado, excluyente, autoritario y miope mirador que parece no divisar más allá de la General Paz. Para ser completamente sinceros: ¿qué sé yo de un salteño, de un pampeano o de un bonaerense del tercer cordón? Sé lo que me autoriza mi condición de argentino. Por otro lado, cualquier afirmación acerca del país o sus habitantes deberá colocarse en la columna del equilibrio precario porque, en el norte o en el sur, categorías como las de clase social, riqueza o pobreza entran cada día en examen crítico. Tanto es lo que hemos cambiado en los últimos años que ya ni siquiera es necesario ir a La Quiaca o a Rada Tilly para ver argentinos diferentes. Bastará con hacer una excursión aquí nomás a Aldo Bonzi o a Garín, a Guernica o a Virreyes, a Barracas o a Corrientes y Florida después de las diez de la noche para retratar esas desigualdades. No hay un argentino, y si a lo largo del libro se lo encontrará mencionado de ese modo deberá entenderse, y tolerarse, como una simplificación práctica. Un ardid para que el libro y la reflexión avancen con cierta fluidez.

“Decir argentino es una abstracción. Tendríamos que saber

si es porteño y de qué barrio, a qué clase social pertenece, o que educación recibió”, precisa Jorge Luis Borges, un autor preclaro, sobre el que volveremos de muchas maneras a lo largo del libro. Argentina. Argentino.

Una marca, una nacionalidad. Aunque no sé si una identidad, y mucho menos un destino. Argentino: el que nació aquí. Argentado por el color de un río que antes que plateado es marrón, resultante de diversas intoxicaciones de cobre, níquel y zinc que tapan la plata. Argentino: con algo tan diferenciado en Latinoamérica que merecería ser llamado como el mote que sirve para reconocer ciertas palabras: argentinismo. Argentino: asimilado al brillo de la plata, que tranquiliza pero no deslumbra. Argentino: medalla de plata al ser que siempre se creará merecedor del oro. Argentino: argento devaluado, persona sin plata. Argentino: inargent. Somos millones y cada uno distinto. Por eso no le crean demasiado a este autor cada vez que en el libro se tope con un razonamiento diciendo “los argentinos esto” o “los argentinos lo otro”, ni se fastidien. Se trata, sencillamente, de una maniobra para no perderse en la hoja en blanco. Muchas gracias por entender. “Yo te daré/ te daré niña hermosa/te daré una cosa/una cosa que empieza con a: ¡Argentina!”

Vaya momento de nuestra historia: nos encontramos bailando con la más fea, instalados en la cornisa de nuestra crisis más devastadora, pero, eso sí, más sentida por todos. Vaya situación tan cambiante como para intentar establecer cómo somos si cada mañana al despertarnos debemos probar no tanto qué somos, sino si todavía estamos. ¡Qué momento!: el peor en autoestima y en inseguridad. ¿Cómo somos? En abril de 2002 la investigación de la consultora D’Alessio-Irol determinó que, por encima de (en ese orden) Ernesto Sabato, Eva Perón, Jorge Luis Borges y Carlos Gardel, el argentino que mejor nos representa es Diego Armando Maradona. En la búsqueda del cómo somos parece interesante porque Diego, Dieguito, Diegol, el Maestro, Dios, es ante todo un argentino en estado puro, tironeado por contradicciones que lo hacen fabuloso y detestable a la vez. Como casi todos nosotros.

Maradona es un héroe y un adicto, el número 10 inolvidable y un ídolo discapacitado, el pibe humilde de Fiorito y el agrandado insoportable, el simpático guiñador de ojos y el necio que repite el mismo error, el genial artesano de la zurda y el petulante, el Sísifo de cabotaje que con el mayor esfuerzo llega hasta lo más alto y un poco antes de la cumbre se vuelve a desplomar. Está bien la encuesta: con su prodigiosa, poética inteligencia intuitiva y con su tendencia paralela a echarlo todo por la borda cada tanto, Maradona es un argentino, representativo de ese monstruo de millones de cabezas, ojos esquivos y ambiciones dispersas al que quisiéramos sorprender en una instantánea. En eso consistirá la tarea. La de ser cazafantasmas de argentinos.

Si en un imaginario laboratorio llenáramos probetas con gajos de argentinos típicos, el resultado que obtendríamos no sería un clon de color celeste y blanco. Propongámonos las parejas más insólitas, notorias y desaparejas imaginables: el Che Guevara y Carlos Menem, Susana Giménez y Alfonsín, Marcelo Tinelli y De la Rúa, Moria Casán y Norma Aleandro, Adolfo Bioy Casares y Hebe de Bonafini, Roberto Galán y el padre Farinello, el doctor Favalaro y el gordo Valor, Marcelo Bielsa y Perón, Menotti y Cavallo, Fernando Bravo y Fioravanti, Bilardo y Mario Bunge, el doctor Bucay y Ricardo Darín, Charly y Fito, Hipólito Yrigoyen y Patoruzú, Ceferino Namuncurá y Mafalda, Jauretche y Karadagián, Balá y Juan Manuel de Rosas, Fangio y Sarmiento, Carnera y San Martín, Gabino Ezeiza y Bancharo (el creador de la fugaza con queso), Magaldi y el doctor Milstein, el gordo Bergara Leumann y el loco Gatti, Guinzburg y Castelo, Rodríguez Saá y Lepera, Soledad y la brujita Verón, Neustadt y Graciela Borges, el general Balza y Florencia de la Vega. Y si sobre cada una de ellas deslizáramos gotitas de Maradonal compuesto, derivadas del (de acuerdo con la encuesta ya citada) argentino más representativo, más clásico, más típico, tampoco llegaríamos a plasmar el molde gentilicio ideal. Proponga usted mismo los dúos más excéntricos y provocadores y verá que de ellos no emerge un argentino en estado puro. Que no es ése, precisamente, el argentino que se busca contar, dibujar, explicar en este libro.

Ah... y un detalle más. En ciertas ocasiones se leerá la expresión “este país”, que tanto agravia a los militantes de lo políticamente correcto que se resisten a aceptarla y condenan a quienes la utilizan y exigen su cambio por “nuestro país”. Si dice este país es porque todo lo que aquí se describe sucede en este lugar, en este territorio, en esta vida, en este país. En este que nos tocó y no en otro.

Agosto de 2002

7. De “Agrandaditos” a “Achicaditos”

Pensar que todo se nos vino a la mitad. Y menos aún. Pero, sin embargo, vivimos con el doble de preocupaciones, con el triple de laburo, con el cuádruple de incertidumbres y con el quintuple de frustraciones. Digo yo: ¿a nadie se le ocurrió preparar la serie “Achicaditos”? A lo mejor no será tan encantadora como su original, “Agrandaditos”, pero todo lo que pase allí nos representaría cabalmente. Los argentinos de estos tiempos deberíamos releer un memorable artículo de Carlos Marcucci, publicado en Clarín durante la hiperinflación de 1989, titulado “El país que se achica de noche”. Allí se contaba la historia de un país en el que cuando todos dormían, unos extraños seres se dedicaban a reetiquetar todo y, como si esto fuera poco, también tomaban la siniestra decisión de achicar las porciones de las comidas. De aquella especie de temible cámara reductora que funcionaba a pleno cuando el músculo duerme pero la ambición no descansa, emergían, cada vez más insignificantes, los bifés de chorizo, las ensaladas, las jarras de vino de la casa, los flanes con crema y así. Pero, atención, porque lo que pasa ahora es distinto. Una cosa es empequeñecer un plato de milanesas con papas fritas y otra llevar las vidas de un país entero a su mínima expresión. La Argentina, hoy, chirría, maldice, sufre achicándose las 24 horas.

Y eso es lo que acaba de ocurrirnos: nuestros consagrados destinos de grandeza se convirtieron en platitos de picada. La salvación de la patria a cargo de manos providenciales en un tapeo de moda. En eso devenimos: de desbordantes platazos de guisos domingueros a escuetas raciones propias de la escuela europea de cocina. De la predestinación elegida, inmensa, fabulosa, al chiquitaje. En eso estamos.

País mocho, donde a ninguno le sirven antecedentes, méri-

tos o ganas de hacer las cosas bien y, además, hacerlas. País partido por el eje. País despojado por todos lados. País reducido a la mitad en industrias y comercios, pero también en ilusiones. Hoy somos una Argentina en fragmentos, una nación de cachos. Este país cortado en trozos, tajadas, gajos o rodajas, está muertito y coaleando, pero todavía sonrío, milagrosamente y de costado. Tal vez nos encontremos bajo los efectos de un científico chiflado a quien le falló un experimento y, de una probeta equivocada para la otra, nos achicó a todos. Parafraseando a aquella famosa película “Querida, encogí a los niños”, ahora parecemos todos protagonistas de “Oh, Dios mío, encogí a la Argentina”. Que no la filmó ningún director de renombre, sino que la puso en escena el plantel completo de directores del Fondo Monetario Internacional. Pero con una diferencia fatídica: esta película no es cómica como la otra, sino que es una de terror. Es una película que trata sobre unos reductores de cabezas, de bolsillos y de esperanzas que con sus extrañas y temibles pócimas consiguieron la hazaña de jibarizar al país más agrandado de Latinoamérica. Y desde ese momento sus habitantes vivimos achicados, reducidos, disminuidos, empequeñecidos, achatados, contraídos, apocados.

Justo a nosotros, tan acostumbrados a frecuentar superproducciones, que nos condenen a instalarnos en películas chiquitas, decididamente de clase B. Tan luego hacernos eso a quienes, desde siempre, nos soñamos únicos, geniales y enormes. En esta película aparecemos encogidos, que además de la más conocida de sus acepciones, tiene otras. Un encogido es también un tímido y un pusilánime. Achicar significa además humillar y acobardar. Nos hemos reducido en todo y la nuestra se ha transformado en una vida petisita. La Argentina grande se ha ido convirtiendo en Liliput, la tierra de los pigmeos en la narración clásica Los viajes de Gulliver. No sé si como flamantes liliputienses del mundo actual nos acostumbraremos alguna vez a las nuevas dimensiones. Vamos a ver qué nos quedó más corto: si la cama, los sueldos o la cabeza. Qué pedazo de contrariedad que esto nos suceda a quienes siempre quisimos ser los que la teníamos más larga. La verdad

es que, con un poco de suerte y viento a favor, de la achicadita de ingresos un buen día volvemos, pero de la achicadita de proyectos, sentimientos e ideas, de ésa sí que va a ser complicadísimo volver.

II

Durante décadas nos sentimos prósperos, fuertes, proveedores y más que grandes, grandísimos. Y por eso mismo, agrandados. Este particular rasgo argentino no ha pasado inadvertido en el extranjero, desde donde llegaron remezones de esa conducta, para muchos infantil o adolescente. Se nos castigó con abundante cantidad de chistes que me siguen pareciendo más generadores de ofensas que de sonrisas. “Cada vez que hay relámpagos, un argentino mira para arriba y hace caritas porque cree que Dios lo está fotografiando con flash”. Hay miles como éstos. Pero, aquí y afuera, también se teoriza, diciendo que nuestra fastidiosa arrogancia esconde un brutal complejo de inferioridad. Puede ser que tengan razón, pero lo cierto es que durante años fuimos tierra de promisión, esperanza fundada para Occidente, un país que proyectó su riqueza bienhechora sobre el mundo. Desde luego, como cualquier generalización, contenía el pecado del exceso, pero los inmigrantes que elegían como destino final ese país del extremo sur americano llegaban con la idea de que en poquito tiempo podrían resolver todas sus penurias. Venían, sencillamente, a confirmar lo que por carta les habían contado sus paisanos de tierra y de pueblo.

Recuerda, por ejemplo, el cantautor Jorge Schussheim que cuando uno de sus abuelos llegó de Ucrania era un 9 de julio, día de festejo patrio. Cerca del puerto de Buenos Aires, unos ruidos ensordecedores lo hicieron salir a cubierta. Comprobó que desde tierra lanzaban cañonazos al aire y, sin hesitar, pensó que se trataba de un homenaje a su persona. Por supuesto, desconocía que en ese mismo momento los militares festejaban el aniversario patrio. Entonces, sumamente emocionado y reconocido, respiró hondo y, conforme con las salvas, pensó: “Un país que recibe de esta mane-

ra a los inmigrantes es un país que vale la pena”. El hombre era un ruso que escapaba del hambre, de la inseguridad, de la violencia de sus tierras, deseoso de forjarse un porvenir, pero, en especial, aspirando a vivir en paz, a rearmar sus afectos y a obtener un mínimo reconocimiento personal y laboral. Igual que al abuelo judío de Schussheim les sucedió a millares de tanos, gallegos, turcos, japoneses, armenios que llegaban a la Argentina seducidos por los relatos de compatriotas que ya habían conseguido poner un pie. Los argumentos más frecuentes eran: comida, varias veces al día, platos que de tan abundantes había que terminar tirándose los a los animales; trabajo y jornal con paga asegurada; posibilidades de progreso y dinero que, según una fantasía, crecía en los árboles. En Europa era muy habitual la frase: “Rico como un argentino”.

El nuestro era un país opulento en muchos sentidos que no sólo les resolvía las urgencias a los hambreados del mundo, a quienes dentro y fuera de las fronteras asistía con materias primas, subsidios y viandas. También los deleitaba con otra clase de alimentos, de una apetecible carga simbólica. Libros, revistas, cine, un fútbol que hizo escuela y la música y el baile más especiales, los del tango. Intelectuales latinoamericanos prominentes, de cierta edad —pienso en García Márquez, Vargas Llosa, Monsiváis, Monterroso o Cabrera Infante—, reconocieron en algún momento la influencia trascendente de la Argentina en ciertos temas.

“Claro que los admirábamos —dijo el ex vicepresidente nicaragüense y ahora escritor Sergio Ramírez, pero cualquiera de los mencionados podría suscribir la afirmación—, porque de la Argentina llegaban las colecciones de libros, de estudio y de literatura, que en nuestros países faltaban y revistas como *Billiken*, *Para Ti*, *El Gráfico* o *Leoplán*, con las que también nos formamos. Pero así como los mirábamos con la boca abierta por eso, en muchas ocasiones, cuando nos acercábamos, nos chocaba esa terminante seguridad, ese carácter a veces tan interesante pero otras muchas tan detestable”. Agrega Sergio Ramírez: “Yo quería ser argentino en aquellos remotos años 40, los de mi infancia. Un primo rico se daba el lujo de mandar a encuadernar los números de

Billiken y en esos tomos tan preciados descubrí ‘La dama del perrito’, de Chejov”. Igual que él, muchos latinoamericanos, lectores de Patoruzú y Patorucito, de libros de lectura editados aquí por Sopena Argentina y Losada y de La razón de mi vida, de Eva Perón, conocieron, cuando eran niños, aspectos de nuestro país muchísimo antes de viajar y conocerlo personalmente. “En el país del que venían los libros y las historietas —prosigue, y todavía se deslumbra Ramírez— los niños concurrían a las escuelas públicas de uniforme, como no ocurría en Nicaragua, donde ni siquiera había bancos para todos los alumnos”. Como muchos otros extranjeros en la actualidad y que llevan a la Argentina en el corazón, Ramírez se pregunta cómo fue que entre tanto manipulador y criminal, entre tanto corrupto y desaparecedor de personas, aquel país europeo se empezó a parecer demasiado a una república bananera. Le dolería saber a Ramírez, como tanto nos golpea a nosotros, que en el país que marcó rumbos educativos (con una ley de finales del siglo XIX, anticipadísima a su tiempo) millares de niños van a la escuela no tanto para aprender sino para asegurarse dos o tres comidas diarias que en sus casas los padres, pobres y desocupados, no pueden brindarles.

III

Por instruidos, por informados, por cultos, y hasta por ilimitadamente astutos, fuimos los menos iguales de Latinoamérica y eso es lo que, según Marco Denevi, nos volvió inseguros disfrazados de solemnes o, de acuerdo con la versión María Elena Walsh “gente con cierta prepotencia intelectual, quizás herencia española, que nos hace dar cátedra y aleccionar”. Por cuenta de Adolfo Bioy Casares va la frase siguiente: “Tenemos un escepticismo inteligente, una clase de reticencia que nos salva un poco... Sólo en el exterior nos convertimos en personas altaneras y suficientes. Éstas son algunas de las razones por las que, afuera, la frase ‘Usted no parece argentino’ funciona como un elogio”.

Algunos sostienen que el ser habitantes de inmensas lla-

nuras pampeanas a las que el ojo mira pero le resulta imposible capturar en totalidad y frente a las que el corazón siente que no tienen fin nos convirtió en personas demasiado seguras de sí mismas. Hipótesis que condena y de la que se burla en sus célebres “zonceras argentinas” el gran Arturo Jauretche. Sería a esa geografía, y no a otra cosa, a la que en realidad habría que achacarle la altivez argentina, que naturalmente observará como contraparte la del personaje débil, dependiente, temeroso en extremo de las opiniones ajenas, el inseguro que todos llevamos dentro. También debe tener su influencia el hecho de que, por aquí, durante décadas, la vida fue tentadora y sencilla. Diría que durante ochenta años, entre 1880 y 1960, millones de europeos, sometidos a dos guerras tremendas y a pobreza y desigualdades extremas, huyeron en masa de sus países y encontraron en el nuestro un refugio americano cómodo y tentador. Se vivía de un modo simple, y aunque no faltaban los pobres, predominaba una situación en la que prácticamente todo aparecía como posible. En la Argentina, por largo tiempo, completar la agenda de la vida fue algo muy grato. Después vinieron los malos momentos, los malos gobiernos, los malos políticos. Y llegaron los sopapos, los revolcones, las derrotas. El individualismo convertido en “sálvese quien pueda”, la desconfianza transformada en sospecha, el autoritarismo revelado en violencia. Poco a poco, el país europeo comenzó a latinoamericanizarse y en ese devenir pasamos por varias guerras: la guerra interna (también llamada sucia), la guerra de Malvinas y, la que todavía no cesa, la más reciente, la guerra del achicamiento, pero también la de la desilusión con lo que somos, con lo que tenemos y con lo que queremos ser.

El país ex granero del mundo pasa hambre y la mitad de sus habitantes se ubica en un escalón inferior a la pobreza. Los descendientes de los extranjeros que llegaron a establecerse en esta tierra de buena voluntad, hoy regresan a sus lugares de origen, donde pueden vivir un poco mejor. Aquí, donde a cada paso se improvisaba una actividad, todo se volvió limitado, exiguo, posibilista y famélico. Qué quedó de aquellos grandes jactanciosos

de América Latina es una pregunta que podrían responder con argumentos los miles de psicoanalistas y psicólogos argentinos que también sufren la crisis. Podrían decir —de hecho ya lo dijeron y lo escribieron— que somos o fuimos escondedores, inmaduros, llorones, carentes y excesivos. Que a nuestra personalidad concurren aspectos exigentes, desmedidos, dependientes y poco reflexivos. Los seguidores de Freud, Jung y Lacan han sido implacables inspectores del alma y del inconsciente nativos. Sin título habilitante, pero con sobrada experiencia en la mirada sobre el alma nacional, Enrique Pinti dijo de nosotros lo siguiente: “Curioso país el nuestro al que le encanta que le hablen de sus defectos, aunque no para conocerlos, superarlos o modificarlos, sino simplemente para saber que existen”. Poco a poco, la Argentina en derrape se convirtió en un caso de estudio, en un tema de seminario internacional y en el peor de los ejemplos o presagios: “¿Qué quieren? ¿Que nos convirtamos en Argentina?”, dicen, ahora, amenazantes, a sus ciudadanos, los gobernantes de los países del Mercosur, frase que se repite también en México y Venezuela. Triste destino este de volver a ser chicos cuando nunca se concretó del todo la grandeza tan deseada. Por eso es bueno escuchar a quienes nos admiraron por cosas ciertas. El mismo nicaragüense Sergio Ramírez escribía sobre la Argentina en mayo de 2002: “Mis libros de lectura escolar hablaban de graneros colmados, de ferrocarriles que atravesaban la pampa, infinitos hatos de ganado, barcos que partían pletóricos de mercancías...”. Nuestros libros hablaban exactamente de esas cuestiones. Probablemente eran los mismos. Los que nos fuimos quedando sin palabras somos nosotros. Por todo lo que nos pasa, por tanto que nos falta, tiene enorme sentido ese grafiti que alguno plantó en el barrio de Palermo Viejo: “Argentinos: basta ya de realidades, ahora queremos promesas”.

9. Gauchos disfrazados de faraones

En nuestro modo de ser anida una parte de ambición desmedida, de necesidad de concretar negocios de rendimiento explosivo, urgente y gigantesco y, luego de hacerla (a la guita, naturalmente), organizar un no menos fastuoso retiro en un ámbito en el que no falten palmeras. Y si ese lugar se llama Miami, mucho mejor, sueño redondo. “País desnudo que se sueña con un smoking”, definió Julio Cortázar. “País de banqueros que sueñan con ser rentistas”, según lo dicho por el ex banquero y actual rentista Amadeo Vázquez. “País pretencioso, de gente que come pan y eructa pollo”, dictaminó Enrique Pinti. País ahora muy mortificado y que recibió el peor de los castigos, que es achicarse, pero en el que durante años y años todos vivimos, como inmejorablemente ilustran los del campo, “cagando más alto que el culo”.

Ésta es una anécdota de ácido humor que circuló mucho en los ambientes de la izquierda. En la década del 60, en Córdoba, los obreros metalúrgicos de las industrias automotrices entonces en auge llegaban a sus tareas en motocicletas o en pequeños autos utilitarios. Cuando, en el camino, se cruzaban con el legendario dirigente gremial de la corriente clasista René Salamanca, que también rumbeaba para su trabajo, pero en bicicleta, sus propios compañeros intentaban mortificarlo con un grito cuanto menos impropio para dirigirse a un líder carismático: “Che, René, comprate un auto”. Cuando en todo el mundo la clase obrera era mayoritariamente roja, alzaba en dirección al cielo el puño de su mano izquierda y tenía como destino inequívoco el Paraíso, aquí oficiales y medio oficiales (que eran peronistas y cualquiera podía ponerlos en un apuro si les pedían que cantaran “La Internacional”) tenían como sorprendente propósito el de transformarse

en pequeños o medianos cuentapropistas y la secreta ilusión de abandonar la fábrica (el yugo) lo antes posible. No es que fueran malos operarios y, mucho menos, como en algún tiempo estuvo en debate, que fueran flojos para las obligaciones. Sucedió, sencillamente, que constituían una franja trabajadora que, en materia de ambiciones y sueños de independencia —no pocos piensan que mal estimulados por las políticas de Perón—, superaba largamente la media latinoamericana.

Sostienen los estudiosos de nuestras conductas que arrastramos una ostensible dependencia con el dinero o con lo material o con la seguridad y que en parte proviene del hecho de haber llegado a ser un país rico prácticamente sin esfuerzo. Alcanzamos una cómoda prosperidad casi sin darnos cuenta y, se supone, todo nos resultó tan fácil que o no le dimos el valor suficiente o, en ocasiones, nos dedicamos a la práctica de gastar más de lo que disponíamos. Una variedad de tierras y de climas capaces de sostener cualquier desarrollo (es conocida la frase “Aquí tirás un grano y te crece un chanco”) y una condición humana más preparada que en el resto de la región hicieron de esta nación una apetecible y esperanzadora promesa natural. Probablemente creímos tanto estas supersticiones, que pensamos que ya todo estaba hecho, que la Naturaleza pródiga haría la parte que nos tocaba a nosotros. Lamentablemente un día, o porque cambió el mundo o porque el país se reviró, todo empezó a funcionar al revés.

En un artículo memorable titulado “La Argentina no fue rica, sino gorda”, el psicólogo social Daniel Lutsky apunta: “Si todo valor proviene de algún trabajo, esos valores ‘de más’ que la Argentina obtenía provenían nada más ni nada menos que de los compradores, de los ingleses y de Europa... en tanto, el valor obtenido con poco trabajo se convertía en Estado, en bienes importados, en sector terciario, en extensa clase media urbana, en poder económico de grupos oligárquicos”. Hoy cualquiera sabe que la Argentina se sometió, o fue sometida, a torturantes regímenes de adelgazamiento o a brutales sesiones de lipoaspiración y de aquella Argentina, por lo menos gorda, sólo quedaron jirones

lamentables. Están los que no tienen dónde caerse muertos, los que, infelizmente, se murieron y están los que en estos últimos, largos, años de recesión tuvieron que ceder mucho más de lo que hubieran querido. Y también está esa verdadera curiosidad nativa que son los que todavía algo tienen, pero que frente a la acumulación dramáticamente interrumpida sienten, piensan y afirman que no tienen nada.

Ahora probablemente estamos peor que nunca, pero conviene no olvidar que observamos una coherente conducta dilapidadora. En los años iniciales del siglo XX tiramos manteca al techo y viajamos a Europa con la vaca atada en el barco y en los tramos finales del siglo pasado fuimos los grandes consumidores del Cono Sur y los inventores del “Deme dos”, “Deme tres”, “Deme cuatro”. Los entristecidos descendientes de M’hijo el doctor tienen las chapas de la casa voladas y si algunos, luego de esfuerzos singulares, consiguieron un título profesional, hoy lo miran con desdén y perplejidad o lo enrollan con cuidado, mientras se desloman manejando un taxi o planean radicarse en otro país. A pesar de todo, persiste un mandato derrochón. Y de esto habla el siguiente perfil.

El protagonista de la historia es un inmigrante de un país centroeuropeo que descendió de algún barco a mediados de la década del 50 con menos de 25 años. “Vine llamado por Perón —relata con entusiasmo quien de ahora en más identificaremos como Rolf y al que todavía se lo escucha con un argentino chapurreado, ya que poco y nada perdió su acento gringo—, aunque eso es lo que creía o me hicieron creer cuando hacía los trámites en mi país: que Perón nos llamaba a nosotros porque nos necesitaba, como inmigrantes europeos de raza blanca y como mano de obra calificada. Eso se nos aseguraba allá, que Perón se dirigía a cada uno de nosotros, personalmente. Cuando llegué me enteré de dos cosas: primero, que eso que Perón nos llamaba era una forma de decir, y segundo, que ya no existía como presidente, porque los militares acababan de voltearlo. Me asusté, creí que sin Perón me iban a mandar de vuelta. En muy pocas semanas me había encariñado con el país, con el color de su cielo, con los días lindos, con la co-

mida y con la sonrisa desprejuiciada de las mujeres. Yo ya había tomado la decisión de que si me ponían en un barco, apenas se descuidaran, no muy lejos del puerto, me tiraba al río y volvía a Buenos Aires nadando. Pero por suerte no hizo falta. Allá en mi tierra era un buen medio albañil y aquí, en poco tiempo, me convertí en un maestro mayor de obras, pero sin necesidad de haber ido a la facultad.”

Con muchas nociones de albañilería y plomería, Rolf perfeccionó entre nosotros el arte de la sutura doméstica y antes de aprender aspectos elementales del idioma inició una especialidad como techista, colocador de tejas y destapador de chimeneas, un rubro en el que se fue haciendo de una clientela que no paraba de utilizar sus servicios y de recomendarlo. A mi departamento de la calle Viamonte, recuerdo, llegó para solucionar unas filtraciones de humedad en la azotea. El hombre se quedó para siempre en la Argentina, trabajó con ahínco y seriedad durante décadas y mientras esto sucedía, también armó una familia: se casó con una paisana suya, tuvieron tres hijos a los que ayudó a crecer y dio educación y los hijos le dieron nietos. Mientras trabaja una membrana con habilidad, a Rolf le gusta también repasar el rollo de su vida, pasada y actual. Comenta, entre crispado y postrado, que la crisis lo ha dejado sin nada.

“¿Perdió todo?”, le pregunto, impresionado. La respuesta, describiendo sus propiedades, es tan contradictoria como sorprendente. Los diminutivos corren por su cuenta. “Tengo la casita, pasando apenas José Ingenieros”, verdaderamente familiar —deduzco— porque se fue ampliando a medida que llegaron los hijos, que nunca se fueron de allí, ni cuando crecieron, ni cuando se casaron. “Las cuatro familias y los cinco nietos vivimos allá. También tengo otra casita de fin de semana, cerca de San Vicente, para descansar, y si hay buen tiempo, para comernos un asadito. Por suerte, aprovechamos otros tiempos mejores y le pudimos hacer una piletita, para los nietos, ¿vio?” No olvida mencionar el “chalecito” sobre el balneario Reta (“¿Conoce?... Es cerca de Bahía Blanca”) porque una de sus pasiones es la pesca y durante años

por lo menos dos de sus hijos y ahora un nieto lo acompañaron en el gusto. Incluye el “autito”(un Peugeot 404) “por suerte muy bien conservado” porque también se da maña para la mecánica “pero los años no se los quita nadie” y la “camionetita” que usa para trabajar y transportar herramientas y materiales, “que desde hace dos años le instalé tanque de gas”.

El buen Rolf tiene todo eso (mucho de lo cual levantó con sus propias manos), seguramente se lo merece porque trabajó y aún hoy trabaja duramente, no fue nunca un manirroto como aprendió de sus antepasados, no se lo quitó a nadie, pero, misteriosamente, cree que su situación es pésima, que su patrimonio es ínfimo, que no tiene nada. Trato de hacérselo ver, preguntándole cuál sería su condición social en su pueblo natal teniendo todas las cosas que logró conseguir aquí. Me animo a decirle que sería algo así como el verdadero Herr Progreso y queda en pensarlo. Sin embargo en esta nación tan sui géneris, donde durante más de una década consentimos con entusiasmo la utopía de que un peso de nuestra moneda era igual a un dólar, Rolf y millones como él se sienten casi al borde de la humillación, en la bancarrota. “Y encima pretenden que esté al día con mis impuestos. Si pago mi jubilación ya no le puedo pagar al chico que me ayuda”, se lamenta Rolf que ya es un argentino hecho y derecho. No sólo porque el chico que lo ayuda está empleado en negro, sino incluso por razonamientos como éste: “Antes para sostener el negocito bastaban y sobraban 15 ó 20 trabajos mensuales. Pero la demanda fue bajando y, al principio, me arreglaba igual subiendo el precio de los arreglos. Pero ahora el movimiento es tan chico que hay semanas en que no me alcanza ni para pagar el transporte. Y, para colmo, no puedo subir el servicio ni un centavo porque hay mucha competencia y la gente se fija demasiado en el precio. Le juro que pensé en volverme a mi país”, se conduele. Me asombro pero, a la vez, le recomiendo: “Rolf, hombre, eso sí, ni se le ocurra irse a nado” y él se ríe.

El de la señora de Pintos Gómez es otro caso. Ella es la dueña de dieciséis departamentos en la Capital y se denomina a sí mis-

ma “pequeña propietaria”. Una más que curiosa calificación para quien en un país normal sería denominada rentista, monopolista o capitalista de fuste. Tampoco lo que llegó a juntar se lo robó a nadie. Es producto de dinero de años, razonablemente bien habido, que su abuelo le dejó a su padre y ella heredó, e incrementado por lo que le sumó la muerte de su primer marido. Todo prácticamente legal. “Antes, lo único que había que pensar era que quien estuviera en el gobierno, radicales, peronistas o militares, no sacara una ley de alquileres peor que la que estaba en vigencia. A veces el temor era que por unos años nos congelaran los alquileres o que el ritmo de la inflación se pusiera demasiado alocado y nos pasara por encima. Pero lo que pasa ahora no tiene antecedentes, señor: no se sabe cuánto cobrar, si en dólares o en pesos y los incumplimientos de los inquilinos son terribles. Sí, tengo esos departamentos, pero le aseguro, señor, que es como si no tuviera nada. Si ni siquiera sé cuánto valen en conjunto”, confía la señora que también se siente en la ruina. En clave de broma provocativa le pregunto: “Señora, si valen tan poco, ¿no pensó en regalárselos a sus inquilinos?”. La señora se fastidia e inicia un duro alegato acerca del sentido de las propiedades. La tranquilizo: “Era un chiste”.

País sumamente empobrecido con gente llena de dinero. País repleto de empresas vaciadas con dueños que intentaron proteger sus pertenencias enviándolas fuera del país. País pobre que pagó la pobreza con inflación, con especulación, con créditos mentirosos, con contrabandos hormiga, con importaciones inútiles, con endeudamiento externo y con un estilo de consumo desmedido. País que canjeó timbas especulativas y raspaditas rápidas por verdadera productividad y así envió a la lona mil y una actividades que daban ganancias, trabajo y orgullo. País de gente ambiciosa que procura pasar al frente en plazos muy inferiores a los que en otros países se tarda en hacer dinero. País entre cuyas fantasías centrales figura salvarse como un salvaje y para alcanzar esa situación no vaciló en derramar sus dineros en actividades de servicios no esenciales. En los últimos (casi) treinta años los empresarios dejaron de invertir, de construir, de arriesgar, de fa-

bricar, de comerciar, de generar trabajo y se adhirieron a una economía inconsistente de “país todo por dos pesos” y de consumos estacionales, de modas efímeras: desde superkioscos a laverrap, de estacionamientos a pools, de drugstore a salones de fiesta y pistas de hielo, de gimnasios a empanaderías y cibercafé.

También hicimos roncha en otros consumos que asombraron al mundo. A comienzos de la década del 80 necesitamos tres años para colocar 3 millones de aparatos para ver en la entonces nueva TV color. Para vender una cantidad similar de receptores Japón necesitó activar su mercado durante cinco años, Alemania nada menos que nueve años y Brasil y España diez. En la década del 90, los alemanes que paseaban por Buenos Aires se sorprendían viendo circular tantos coches particulares marcas Mercedes Benz y BMW, en cantidades tales que sólo unas pocas ciudades alemanas debían superar. Y ni hablar de la explosión consumista, fuera de escala, de los años del menemismo, aquello que algunos denominaron la fiesta y que, en parte, se está pagando en moneda de tragedia. Hipermercados, multicines, discotecas, restaurantes de moda, estaciones de servicio —entre otros rubros— crecieron como frutos excesivos de árboles raquíticos. Fue sorprendente la pasión compradora que despertaron las camionetas 4x4, que miles de ciudadanos adoptaron como la forma de transporte ideal dentro de un territorio conocido como uno de los más llanos y extendidos del mundo. Más que nuestra geografía, quienes más necesitaban de su segunda tracción eran sus propios conductores. Gastamos de más, gastamos a cuenta, gastamos sin cuenta y ni cuenta nos dimos de todo lo que gastamos a pesar de que nos gastamos en todo.

Insólita y sutil comarca gaucha en la que durante años reinó una mentalidad de vida propia de faraones y en la que el dinero (los mangos, los morlacos, los pesos, los australes, los convertibles y, en especial, los dólares) no sólo sirve para proporcionarnos satisfacciones materiales. A nosotros, además, nos explica, nos ubica en el mundo, nos proporciona autoestima o nos la pulveriza, nos permite competir, medir al vecino, ostentar. Esta tormentosa

relación con el dinero nos ha generado una inapelable confusión entre el ser y el tener. Y ni hablar cuando en el medio se mete el trabajo: uno es lo que hace y cuando queda afuera de la actividad deja de ser. Es lógico que nos sintamos mal, porque además de perder cosas concretas nos traiciona un modelo en el que lo más importante es la acumulación, aunque sea un juntar sin sentido. Sería espectacular que pudiéramos examinar nuestros valores y expedirnos sobre qué significa en nuestras vidas la codicia, la necesidad de ganar, el afán de lucro. En un ensayo, el escritor Héctor Murena remite a nuestros orígenes (Río de la Plata, Argentina, plata) y dice que todos esos nombres aluden a riquezas, pero no de aquella que se obtiene mediante el trabajo y el afincamiento, sino de la que no exige más que descubrirla, ubicarla, apoderársela y huir con ella. “Durante mucho, mucho tiempo —explica Murena—, por lo menos durante cuatro siglos, del XVI al XX, los que venían hasta aquí soñaban con llenarse de dinero y pegar la vuelta. ¿Será que desde entonces no podemos identificarnos con una tierra en común sino que somos un racimo de codiciosos?”

15. “Yo no fui”: dilemas del país Gran Bonete

Tenemos una habilidad innata para decir que los males, las culpas, las responsabilidades, no nos pertenecen, que esos padecimientos vienen siempre de afuera. Nos puso más tranquilos pensar que la aftosa partió de Uruguay y la vaca loca de Chile pero de ninguna manera de algún descuidado pueblito de provincia; que el cólera vino de Bolivia o de Perú y no de Salta; que los reducidos de autos caros son todos paraguayos y no vecinos de algún suburbio bonaerense; que los narcos provienen de Colombia y el sida del Brasil y no de cualquiera de los otrora cien barrios porteños. Y que todos juntos —yoruguas (“empezando por ese presidente botón que tienen”), chilotes, perucas, paraguas, brasucas y bolitas— son terribles muertos de hambre que vienen a quitarnos el poco trabajo que tenemos. Hacemos lo necesario como para que frente a algo que salió mal no aparezcamos deslucidos en la polaroid y que, en lo posible, el que salga borroso sea el de al lado. Ejercitamos la detestable cultura del no hacernos cargo y preferimos echarle el fardo al prójimo, para que las omisiones y pecados permanezcan en el campo rival.

Desde hace décadas estudiamos y nos estudian para detectar el origen de nuestros sinsabores y ahí vamos, pasando de una razón en otra: que el problema argentino no es económico, es político; que el problema argentino no es político, es filosófico; que el problema argentino no es filosófico, es jurídico; que el problema argentino no es jurídico, es institucional; que el problema argentino no es institucional, es dirigencial; que el problema argentino no es dirigencial, es histórico; que el problema argentino no es histórico, es psicológico; que el problema argentino no es psicoló-

gico, es patriótico; que el problema argentino no es patriótico, es cultural; que el problema argentino no es cultural, es intelectual; que el problema argentino no es intelectual, es vivencial, etc., etc., etc. Y de ese modo, hasta cerrar el más perfecto y perverso Gran Bonete, el portentoso y didáctico juego de nuestra infancia, en el que los posibles receptores de la responsabilidad iban pasando de mano en mano, de nombre en nombre, hasta el infinito, sin llegar a una respuesta final, cierta, valedera.

Sin ni siquiera poder exclamar: ¿Pues entonces, quién lo tiene?, nuestro mundo de indecisiones puede ser cabalmente representado por este jueguito cuyo conflicto central y principal motivo de atracción es que tiene un principio pero no un final. En esa ronda que nos permite reiniciar la diversión una y otra vez, algún argentino podría descifrar claves de alguna de sus conductas:

La responsabilidad nunca será propia sino ajena, siempre estará afuera antes que adentro.

La culpa es del que pasó, del que se fue y ya no está.

Nos convertimos en víctimas de designios y siniestros planes ajenos.

Con enorme habilidad pasamos de elegidos a víctimas.

II

El saldo de la dictadura militar fue tremendo, pero mucho nos cuesta admitir que en los meses finales del gobierno de Isabel Perón la sociedad pedía a gritos una escapatoria a lo que se consideraba un gobierno ilegítimo, débil, tolerante de desbordes sindicales y de grupos violentos irregulares. Antes del derrocamiento, la civilidad —con el empresariado y parte del periodismo incluidos— generó los espacios necesarios como para que la tarea de instalación de los militares fuera más viable, más cómoda. Todos demandaban una mano dura, seguramente sin pensar claramente en lo que llegó después. Desde luego que pocos habrán dicho que querían tantos miles de desaparecidos, pero era mayoritaria la aspiración de que una fuerza superior y preparada llegara a res-

taurar lo que se consideraba el orden subvertido. Recuérdense, si no, la pesada índole del decreto de 1975, firmado por el gobierno de Isabel Perón por el que se le solicitaba a las Fuerzas Armadas la aniquilación (sí, aniquilar era la palabra, y no es cualquier palabra) del accionar subversivo.

Ahí había una inconsistencia, una banalidad propia del que siempre razona colocando de antemano el “Yo no fui”. La sociedad reclamaba el retorno a una vida más tranquila y para eso, más rápido que tarde, no vaciló en consentir la intervención armada. Esa deuda es real, es de todos los que vivíamos aquí y no ofrecimos la resistencia necesaria como para sostener a un gobierno, que era verdaderamente lamentable y deficitario en todos los órdenes, pero que en menos de un año iba a poder ser reemplazado por otro, a través de un nuevo acto electoral. Esto es lo que borramos de un plumazo llamando con desesperación a los militares. Con esta salvedad de no poca importancia: era lo que quedaba de un gobierno que, equivocados o no, habíamos llevado al poder con la fuerza de los votos tres años antes.

Todavía la democracia no se había constituido en un valor, como ahora, igual que nos sucedió en ocasiones anteriores, cuando también dejamos que se nos escurrieran de las manos otros gobiernos democráticos como los de Arturo Frondizi en 1962 y Arturo Illia en 1966. Y nos guste o no escucharlo, decirlo o pensarlo nosotros, por desidia, por indiferencia, por ansiedad y hasta por convicciones, contribuimos también entonces a achicar la escena civil y a agrandar el poder militar. Y a que los uniformados sacaran de una oreja a atormentados gobiernos civiles para que nosotros volviéramos a respirar aliviados. Los militares dieron el golpe, pero fuimos nosotros quienes, antes, nos acercamos a los cuarteles para pedirles que se pusieran en acción. Con los años, la culpa fue tanta, que aún hoy reivindicamos y homenajeamos las figuras de aquellos presidentes civiles en quienes, en su momento, depositamos la imagen de la ineficacia. En la dictadura iniciada en marzo de 1976 volvimos a mirar para otro lado, a ignorar lo que estaba sucediendo prácticamente en nuestras propias narices, a decir yo no fui.

A favor de un cambio monetario favorable, en los años siguientes, millones de argentinos viajaron al exterior y, a la primera oportunidad, se convertían en embajadores sin cartera e intervenían en contra de una supuesta campaña antiargentina en el exterior. Lo que se publicaba y se podía leer afuera no era sino aquello que en nuestra tierra se censuraba y que salió a la luz después de 1983 originando que tantos ciudadanos dijeran: “Yo no sabía nada”. Esos momentos de particular amnesia volvieron a repetirse a partir de la declaración de guerra a los ingleses por las islas Malvinas. Recordemos que en apenas 72 horas, la Plaza de Mayo se colmó dos veces: en una ocasión con manifestantes que se movilizaban en contra del gobierno de Galtieri y en otra con aquellos que terminaron vivándolo y dándole carácter de héroe y patriota de la nación a ese general al que pocas horas antes denostaban. Cuando noventa días después de esa auténtica correría, la Argentina se rindió en el sur, muchos se declararon sorprendidos, agraviados, humillados y regresaron a la plaza para expresar su dolor por la derrota pero también para acusar a quienes nos habían llevado a semejante situación, alegando otra vez que no sabían nada y que se habían dejado llevar de las narices por los comunicados oficiales que decían que nuestras fuerzas estaban adelante en una guerra imposible. El de Malvinas fue una clase de desastre que cuando apenas nacía y tenía dimensiones de loca aventura fue aprobado por los mismos que después lo condenaron y se lamentaron. Luego se retiró el gobierno militar, pero seguimos mostrándonos como víctimas de horrendos designios y siniestros planes ajenos, con los que nosotros, nunca, nunca, tuvimos nada que ver.

Desde luego que, a lo sumo, cometimos el crimen de mirar para otro lado y que los reales asesinos fueron los que usurparon y usaron mal el poder que les daban sus armas, los que reprimieron, asesinaron e hicieron desaparecer. Pero esos mismos responsables negaron hasta hoy la esencia aberrante de sus faltas y únicamente consintieron hasta el rubro de los errores y los excesos. La declaración final de la dictadura, antes de devolver el mando al gobierno democráticamente elegido en 1983, es de una soberbia y de

una complacencia asombrosas. Tal vez porque, como alguna vez dijera Llamil Reston, uno de los principales integrantes del elenco uniformado, “autocrítica es una expresión comunista”.

Muchos años después, los servicios de inteligencia de los Estados Unidos dieron a conocer documentos que prueban una comunicación fluida entre los militares del Proceso y la embajada norteamericana en Buenos Aires. Esos papeles revelan hasta qué punto lo que sucedió era parte de una acción conjunta que abarcaba a toda Latinoamérica. Lo que nunca dirán los norteamericanos es que, así como hoy, para la región, la democracia debe ser considerada un valor ejemplar, en aquel momento las hipótesis de conflicto en su lucha contra el comunismo volvían tolerables y funcionales a las dictaduras militares. Del mismo modo, a la ex Unión Soviética le costará explicar las razones de tan poderosos vínculos con los gobiernos de facto de la época. Todavía se espera la explicación del Partido Comunista argentino (¿o dirá que autocrítica es una expresión posmoderna?) por sus cercanías, avales y disimulos en relación con el gobierno militar de Videla y compañía. Los familiares de los guerrilleros eligen mostrar de ellos una imagen cercana al pacifismo absoluto, la de muchachos apenas idealistas que, desde abajo, elegían el sendero de la violencia para pelear contra la violencia de arriba. Se trataba, efectivamente, de jóvenes que no sólo soñaban con cambiar el mundo y propiciar una sociedad más justa, sino que eran capaces de apostar sus vidas para cumplir con sus objetivos. Pero a los militantes de la guerrilla se les hace un flaco reconocimiento si no se explica la génesis de su proyecto político, que en cualquier caso tenía como objetivo la toma del poder. Pueden haber sido románticos, como también lo fue el Che Guevara, pero no eran ingenuos. No se habían armado sólo en nombre de la utopía. Tal vez aquello haya sido una guerra, pero fue absolutamente desigual porque en esa colisión bestial, a la que se pretendió legitimar como el encuentro de dos demonios, los guerrilleros siempre llevaron la peor parte. Porque aunque aspiraban a ser vanguardia y a liderar un camino y para eso habían elegido una metodología violenta, nada

justifica por parte del aparato represivo del Estado ni el terror, ni las matanzas, las torturas o las desapariciones, de ellos y de sus familiares.

III

Durante décadas la vida de los argentinos estuvo signada por la amenaza, hasta que de la amonestación y la bravata se pasó al hecho directo. También nos cuesta enormemente reconocer, desde la izquierda y la derecha, desde el centro o desde la indiferencia absoluta, que en algo contribuimos a esos estados de cosas. Hasta hoy, no hemos cambiado. Elegimos dejarnos engañar con tal de obtener alguna satisfacción. Toleramos o expulsamos, pero en el medio, nada. Disimulamos los escándalos del menemismo con tal de seguir gozando de una situación de relativa estabilidad que, en otros aspectos, nos beneficiaba y llegamos a percibir a quien era visto como el jefe de una banda reiteradamente acusada de acumular para la corona como “alto, rubio y de ojos celestes”. Aquellos que en 1995, aun a sabiendas de actos ilegales, le reaseguraron su permanencia en el poder, aunque negaron por pudor haberlo votado, volvieron a poner en práctica la costumbre del “Yo no fui”. Cuando teníamos un Estado gigante e interventor muchos se esforzaron hasta volver realidad el eslogan liberal “Achicar el Estado es agrandar la Nación”. Ahora, desguazada al máximo la locomotora estatal, la idea de un Estado ausente de las decisiones y de las administraciones también origina reproches y lamentos. Para calificar el caso del cotizado ex superministro Cavallo volvimos a apelar al “Mirá lo que nos hacen”. Antes de sus decisiones en el último tramo del gobierno de De la Rúa, Cavallo fue, en la administración de Menem, durante años, un genio único, inventor de un sistema económico que llenó de enjundia a la Argentina y asombró al mundo y con esa patente de salvador ingresó al gobierno de De la Rúa. Todos dijimos o pensamos, y bueno, que vuelva Cavallo, el verdadero padre de la convertibilidad. Pero apenas llegaron las medidas que no nos gustaban, vinieron para él los insultos, las persecuciones y los cacerolazos.

Los senadores no fueron gestores de las coimas. La Corte Suprema no fue la que convirtió a la Justicia en un intercambio de favoritismos. Los bancos no fueron artífices del pagadiós. La institución policial no es responsable de los actos de algunos de sus efectivos, así como la autoridad militar no asume el compromiso de la muerte de un aspirante en un cuartel. El FMI no fue el que durante décadas echó dólares a un barril sin fondo. Los electorados de provincia que se manifiestan cansados de sus gobiernos pero al llegar al cuarto oscuro mantienen su voto de perfil clientelístico no fueron los que apañaron la corrupción. Nadie nunca fue. Ni Menem que sigue proclamando que el suyo fue el gobierno más exitoso de la historia argentina, ni De la Rúa que continúa pregando la teoría del complot en su contra, ni Cavallo que en Washington acaba de declarar que no encontraba nada de su gestión para arrepentirse. Del mismo modo cada ciudadano ha heredado la costumbre de no hacerse cargo de sus dirigentes. Nunca hicimos algo que nos involucre.

De las conductas humanas, a la que somos más resistentes es al reconocimiento formal de nuestras complicidades y responsabilidades. Con los bancos mantuvimos un romance de película aunque bastante fuera de la realidad universal. Durante años recibimos de ellos sumas considerables, en un consentimiento mutuo de intereses usurarios, tan altos que eran capaces de hacer saltar cualquier circuito financiero respetable y normal. Hasta que, demostrando de un modo cruento que el dinero no reconoce asentamientos ni banderías, el sistema se tragó parte de nuestros ahorros y ahí le hicimos la cruz a los bancos y quisimos partirles los frentes a martillazos. Pero, otra vez, la pulseada bancos-clientes no fue equitativa. Es cierto que la crisis de desconfianza provocó pánico y corridas. Pero los bancos dejaron de cumplir con su misión principal: atesorar, guardar, proteger, bancar. Lo que hicieron con el dinero de los ahorristas fue una alevosa estafa sin explicaciones.

El despilfarro no fue solamente obra de gobiernos adictos a meter la mano en la lata. Fue un rasgo con el que nos asocia-

mos con fervor a través de conductas consumistas, de abrirles las puertas a los productos importados y a pensar que, mágicamente, habíamos sido bendecidos para ingresar en el salón de la fama primermundista. En un momento, puede que haya sido a partir del Rodrigazo de 1975, toleramos una lenta pero sistemática e inexorable transferencia de bienes de un sector a otro y una modificación profunda en la estructura productiva que llevaba a plantearse si, hasta por razones prácticas, mucho de lo que se hacía en el país desde largo tiempo atrás no convenía ahora por razones de costos encargarlo, a precios asombrosamente bajos, en el extranjero. Eso empezó a generar la desaparición de fábricas que, en lugar de reconvertirse y actualizarse, cerraron, con la funesta consecuencia de la desocupación y la pérdida de la ecuación rendimiento-beneficio. Comenzó a ser muy apreciado el estilo de hacer dinero de un modo fácil y fulminantemente rápido y a aumentar el número de empresarios personalmente riquísimos, pero con sus empresas vaciadas y/o fundidas, que durante décadas vivieron de los intereses de su dinero improductivo. Ellos también mirarán para otro lado cuando se les pregunte si no es cierto que cada vez que tuvieron oportunidad armaron razones sociales fantasma o dejaron de pagar sus obligaciones impositivas o hicieron viajar su dinero jamás declarado al exterior.

Luego de décadas de mostrarnos condescendientes con aquello de que “funcionarios y políticos roben, pero hagan”, nos volvimos de una pureza irreconocible y pasamos a exigir “que se vayan todos”. Pero atención, porque estos políticos, cuestionados por todos los costados, son los mismos que elegimos en sucesivas elecciones. Probablemente nos hayamos hartado definitivamente de las listas sábana y de los negociados por debajo de la mesa, nos haya violentado para siempre la visión de una sociedad cada día más empobrecida y, enfrente, una clase política cada vez más llena de privilegios, pero resulta sospechosa esta habilidad de quitarle el cuerpo a monstruos que contribuimos a instalar. Fuimos nosotros los que les sonreímos, los que los aceptamos, los que les pusimos el voto. A pocos meses de las próximas elecciones presi-

denciales vuelve a llamar la atención un clásico comportamiento dual de los argentinos: figuran al frente de las encuestas políticos que en la charla cotidiana e íntima aparecen como rechazados y repudiados. ¿Quién los puso en ese sitio? ¿O se trata de un cruel invento de los encuestadores? Si, finalmente, alguno de ellos resultara elegido presidente, ¿seguiremos alegando que nosotros no fuimos, que fue el Gran Bonete?

Llegue quien llegue al poder podrá apropiarse de un providencial sambenito que ayuda a llenar la boca, a distraer y a ganar tiempo: “Recibimos una pesada herencia”. Que nadie crea que es atribuible a los políticos pragmáticos de la época. Puede escucharse en una grabación de los años 30, cuando asume el golpista Uriburu, tras derrocar a Yrigoyen. De allí en más ninguno de los tantos presidentes de facto dejó de esgrimir esa escapatoria. En los últimos años, la excusa fue de boca en boca de cada uno de los presidentes civiles con un desparpajo y descaro totales. Menem lo dijo de Alfonsín a su manera: “Nos entregaron una brasa caliente” y De la Rúa lo recibió de Menem, y Duhalde de sus cuatro fugaces antecesores y dijo de sí mismo que él había aceptado la costosa carga de la presidencia cuando otros le escapaban al puesto. Ya a esta altura estamos en condiciones de afirmar que lo de la pesada herencia es una frase absolutamente de ocasión de la política argentina, un gastado lugar común, un símbolo latente del “Yo no fui” made in Argentina. Lo más sencillo es atribuirle la responsabilidad al que se fue. Nadie niega que hubo gobiernos particularmente destructivos, pero la reiteración del concepto es, en la mayoría de los casos, una jugarreta capciosa y desleal. Desde hace un tiempo, la gente comenzó a exigir la vigencia limitada de la expresión y la necesidad de que en un momento los gobiernos la desactiven. Es que lo de la pesada herencia tiende a disimular que, entre una cosa y otra, quien llega al poder dispone, por lo menos, de dos años de preparación. A partir de ese dato, nadie medianamente serio tendría derecho a seguir diciendo que ignoraba que las cosas estaban mucho peor de lo que pensaba. Desgraciadamente, la costumbre del “Yo no fui” se transmite piramidalmente, desde los

lugares más altos del poder a la vida de todos los días. Y esa misma dificultad para hacerse cargo que tienen los gobernantes es la que demuestran albañiles y futbolistas, panaderos y ortodoncistas, directores de cine y mecánicos especialistas, padres e hijos, curas y zapateros, o sea, todos los que vivimos aquí, que cada vez que podemos zafamos de responsabilizarnos de algo malo que pudiera haber acontecido.

21. País bolsa de gatos

Nos tratamos mal, y del maltrato a la falta de trato apenas queda un paso. Concentramos en nosotros todo lo peor. Anida en cada uno un —vaya, que no está dormido ni dominado— verdugueador verdugueado que nos supera, nos desborda, nos hostiliza. Hay días —por suerte, no todos— en que la máquina del enfrentamiento parece estar colocada en la velocidad máxima con todas sus consecuencias: zancadillas por adelante y por atrás, dificultades para compartir y para aceptar al otro y la relativamente nueva y horrible costumbre del ninguneo. Para que alguien cercano se sienta un Don Nadie parecemos mandados a hacer. Nos hemos vuelto lamentables especialistas en el arte de limitar, tapar la boca, cortar las alas o (como diría Maradona) las piernas. Aprendimos el triste arte de echar gente a la trituradora de personas, sabemos cómo es aquello de deflecar proyectos, ilusiones y sentimientos. Hay una eficaz y probada transmisión piramidal del encono y, por momentos, nuestra vida chorrea animosidad, necesidad de oposición y mal disimulada rabia.

Esto está sucediendo desde hace tiempo en el país de la gauchada, una nación que, al mismo tiempo, está cruzada por ejemplares actos de amistad. Pasamos de darnos una mano a aplicarnos una sonora bofetada. Alguien podría alegar que no se trata de algo novedoso, porque la Argentina creció entre bandos irreconciliables y se caracterizó por la alternancia de sectores facciosos a los que les resultó más que difícil, casi imposible, saldar sus cuentas, tarea que encomendaron piadosamente al tiempo y a la historia, entidades que no siempre asumieron el encargo. No sería extraño imaginar a un argentino como el inventor de la frase “Dadme una antinomia y tendré el mundo a mis pies”. La lista de enfrentamientos es demasiado extensa: de españoles y criollos a federales y unitarios, de porteños y provincianos a peronistas

y antiperonistas, de rosistas y antirrosistas a civiles y militares. Cualquier excusa fue razonable para oponerse, para chocar con furia, para enemistarse hasta el día del juicio final: civilización o barbarie; alpargatas sí, libros no; y hasta un clásico de fútbol, de rugby o dos marcas de automóviles deportivos. Cualquier clase de bronca mayor o menor y la posibilidad de apoderarnos de un lugar u otro de la refriega nos da identidad, nos acerca una explicación de nuestra presencia en el Universo.

¿Intentó alguna vez encerrar a dos o más gatos en una bolsa? Si lo hace, verá que aquello es la quintaesencia de la inquietud, porque los animalitos afilarán sus garras para huir y para abandonar lo más rápido posible ese territorio demasiado incierto para ellos. La de cargar con una bolsa de gatos —que se agita de aquí para allá, sin gobierno, estrujándose entre ellos— es una sensación desagradable. Al contrario de lo que hubiéramos creído, y en especial porque sabemos que los tiempos anteriores escarbaron en nuestra intolerancia, los últimos años continuados de democracia no nos volvieron más tolerantes. Por suma de dificultades y limitaciones propias y ajenas nos acercamos todavía más hacia la desconsideración y el menoscabo ajenos. Porque tenemos enormes dificultades para compartir y aceptar al prójimo, porque el estilo nacional por antonomasia es el que consagraron las internas políticas en donde todo se cocina por atrás, porque crecen el egoísmo y el resentimiento y nuestra vida se parece cada vez más a una bolsa de gatos. Lo nuestro es, casi a toda hora, el recelo, la comparación aviesa, el salto a traición. La desconsideración ha sepultado el crédito bondadoso; el juicio insidioso manchó la estimación mansa, mientras que la amabilidad pasó a ser un signo de otros tiempos, un lastre inconveniente, una verdadera gilada. El actor y cantante Antonio Birabent contaba hace poco a un semanario una historia callejera más que representativa. Dice que en Barrio Norte, como debe suceder cientos de veces al día, vio que un colectivo pasaba un semáforo en rojo. Ahí nomás había un policía, que miraba para otro lado, y Birabent increpó a la autoridad: “Oiga, ¿no lo vio?”. Pero antes de que obtuviera respuesta,

un peatón que pasaba por allí le salió al cruce diciéndole: “Eh... no seas buchón”. Birabent creyó que la ira lo desbordaba, se dio vuelta, encaró al ciudadano y le planteó: “¿Cómo buchón?... Y si ese colectivo volviera a pasar un semáforo en rojo y atropellara a tu hija, ¿me seguirías tratando de buchón?”. El incidente concluyó, pero no en la cabeza ni en el ánimo de Birabent, que reflexionó posteriormente que el “no seas buchón es un justificativo del caos, porque es en el caos donde algunos argentinos, el argentino que yo no quiero, se sienten más capacitados para obtener ganancias”.

II

El taxi parece que volara, en uno de esos horarios pico en que la cantidad considerable de autos y de personas que taponan la ciudad no aconsejan correr a semejante velocidad. El chofer zigzaguea poniendo en riesgo todo lo que se encuentra a su alrededor, frena a milímetros de otros vehículos, se devora más de un semáforo en rojo y les pasa raspando a peatones que intentan cruzar en absoluto estado de inocencia. Toca bocina, bufa, mira amenazadoramente a su costado, insulta y no hace un desastre sólo porque Dios es verdaderamente grande. El único pasajero, o sea yo, está firmemente convencido de que ese hombre o ya se ha vuelto loco o está a punto de entrar en un trance psicótico y tampoco entiende cómo, por qué designios afortunados, todavía no nos hemos incrustado contra un colectivo, un auto o una columna. Sin embargo, decido guardarme esa opinión y con humildad le solicito, por favor, que baje la velocidad. Alego que soy miedoso; le miento diciéndole que, inevitablemente, una carrera tan vertiginosa como a la que él me somete me remite a un serio accidente en el que casi no cuento el cuento, pero nada de eso sirve. El tipo no levanta el pie del acelerador, se siente ofendido porque me permití poner en duda sus condiciones al volante y para mi asombro me sacude con dos razonamientos. Uno es tan obvio como improbable: “Hace 25 años que estoy en la calle y que manejo así y nunca me pasó nada”. El otro me supera por sorprendente: “Con

todos los problemas que tengo y usted me viene con esta pavada. Si quiere le cuento el desastre que es mi vida, gracias a estos hijos de puta que...”. No, gracias. Prefiero que no me cuente. Me pongo firme y vuelvo a solicitarle, habida cuenta de que seré yo el que va a abonar el viaje, que vaya más despacio. Provocativo (yo, un ingenuo, creí que estaba loco), el chofer redobla la apuesta y empieza a ir por la avenida Córdoba a diez kilómetros por hora, mientras pispea por el espejo retrovisor a ver si esa decisión provoca alguna otra reacción de mi parte. Ya estamos muy cerca del fin del viaje y pienso que a él no le queda ni un poquito de lugar para pensar en mi temor y, a esta altura, a mí no me quedan más ganas de volver más dulce mi reclamo. Así es este mundo en donde, cada vez que podemos, nos la agarramos con el de al lado, levantamos en peso, zamarreamos, gritamos, humillamos, ignoramos. Pago pensando: Uff, qué suerte que tenía cambio porque si no hubiera sido otro motivo de conflicto. Me bajo, lo saludo y lo último que recibo, de mala manera, es el vuelto. Son moneditas pero me regodeo no dejándole ni un centavo de propina. La desdicha generalizada mete en un corralito cualquier atisbo de sentimientos dadivosos. Y de esto, como cualquiera puede darse cuenta, ni el gobierno ni el FMI tienen la culpa, como intentaba hacerme creer el chofer.

Hay millones de historias similares: pobres corazones enfrentados a otros pobres corazones en una guerra de insensibilidad, de aislamiento, de indiferencia. Probablemente cercada, hostigada por todo lo que pasa y le pasa, mucha gente encuentra que la salida consiste en arremeter contra el que tiene más cerca. Y si se trata de alguien ubicado más abajo en el escalón de la debilidad o del poder, mucho mejor para él. Dale cualquier galón, insignia, bastón de poder o símbolo de mando a un argentino y comprobarrás en cuán poco tiempo es capaz de arruinar la vida.

No es casual que para ilustrar el clima de bolsa de gatos haya elegido un acontecimiento automovilístico. En nuestra manera de manejar se notan muchos de nuestros peores componentes. Hombres al volante, que fuera de él son tranquilos y encantadores, se vuelven ansiosos, prepotentes, violentos adentro de la cabina de

metal. En cada esquina, en cada frenada, en cada uno de los cruces bravos, en cada semáforo violado, en cada bocinazo que equivale a un mandoble o un estiletazo, hay una metáfora de la colisión por el poder, por invalidar al otro, por quedarse con el mejor lugar, por borrar, por golpear, por eliminar sin dejar huella. Desde cualquier auto, la bocina se usa como un equivalente del grito artero, de la bronca acumulada que busca una descarga o, sin exagerar, de un balazo, porque en realidad lo que buscamos del otro no es que se apure o se corra a un costado, sino que desaparezca del mundo. Son, literalmente, bocinazos con sonido mortal incorporado. El tipo que toca bocina apenas observa una valla frente a él es alguien que quiere quedarse solo, que nadie lo interrumpa, que nadie lo frene, que lo dejen de joder. Además de creer que todos los que están a su alrededor son una manga de imbéciles que deben esperar su bocinazo (que imagina lúcido pero que sólo es hiriente) para volver a la realidad y ponerse en marcha.

Hace muchos años decidí dejar de apretar la bocina mientras manejo. Fue una decisión pequeñísima, pero que cobró dimensión de utopía. Buscaba abonar un arancel pequeñísimo para ser menos dañino, para buscar en mí esa mejor mirada que pretendo de los demás. Me detesto cuando olvido la promesa sólo porque el que va adelante no maniobró como yo hubiera querido. En más ocasiones de las necesarias todavía hago sonar el claxon, o pongo luces, o pego volantazos, o encierro, o miro despectivamente, o largo puteadas, que al fin de cuentas es lo mismo. Son todos resabios autoritarios que sólo conducen a que, yo y los demás, lo pasemos mucho peor.

III

Un ordenanza que entrega números u ordena colas en una oficina pública o privada y se aprovecha de sus atributos de poder y trata mal. El prestigioso escritor, afamado por su modo de pensar, que exige de sus discípulos sumisión incondicional a su autoridad intelectual y, de no recibirlo, sanciona y omite. El verdulero

que apenas una clienta inquiera más de lo que considera normal sobre la calidad o el precio de una mercadería, se molesta y antes que una explicación ofrece un desplante. El hincha de fútbol que condena una mala actuación de un jugador diciendo que “ése no puede jugar ni a las bolitas”. El comentarista de radio que observa con moderada simpatía la causa piquetera pero apenas una marcha le interrumpe su rumbo por un rato comienza a hablar de dónde termina una libertad y dónde empieza otra. Son distintos ejemplos de un síndrome nacional peligrosísimo: el autoritarismo. Imponer a los demás y por la fuerza criterios y jerarquías que no propician las resoluciones compartidas es una conducta autoritaria, nada menos que una parte de nuestra forma de ser.

Lo que hoy es la flor (o la planta o el árbol) del autoritarismo ha sido desde el fondo de la historia, probablemente desde nuestro nacimiento como nación en 1810, semilla arrojada y regada por todos. Examinemos nuestra conducta en la calle, en el auto, en las reuniones de consorcio, en una cola, en una sala de espera, en los grupos de trabajo, nuestro modo de afrontar los triunfos o las derrotas, las bonanzas y las emergencias. Observemos cómo es nuestra capacidad de aceptación de los distintos, vigilemos cuál es nuestra actitud frente a los que están por encima de nosotros y, en especial, frente a los que están abajo. Con todo eso, si podemos, elaboremos un test de cuánto se nos infiltró el totalitarismo. No hay que ser un pesado, un violador de los derechos humanos o un fanático para ser totalitario. El político —de cualquier filiación— intransigente, el funcionario intolerante, el empresario déspota, el periodista arbitrario, el sindicalista prepotente, un empleado abusador, un comerciante defraudador son antes que eso argentinos autoritarios que aprendieron a serlo desde la cuna y con los años se volvieron especialistas de este vicio equivalente a un fundamentalismo más.

Así estamos y así vivimos: mostrándonos los dientes, postergándonos fieramente, descreyendo de un mínimo destino colectivo, reformulando aquel antiguo apotegma peronista que, con los años y el maltrato, ahora dice: Para un argentino no hay nada peor que otro argentino.